

PALABRAS DE SUS DISCÍPULOS EN EL SEPELIO DE CAYETANO HEREDIA



doctor José Casimiro Ulloa

Señores:

La losa de una tumba va a cubrir para siempre los restos del que, ayer nomás, llamábamos padre muchos de nosotros, al que otros apellidaron maestro, y al que un número no menos considerable de vosotros llamó su benefactor o su amigo querido. El duelo que por su suerte llevan nuestros corazones, lo lleva también la sociedad entera, a quien el ilustre difunto prestó tales servicios que harán eterna su memoria en el Perú.

Reformador de la enseñanza de las ciencias médicas y organizador de este ramo tan importante de la instrucción, su nombre simbolizará en los fastos de la medicina peruana la era más gloriosa de ella que hemos alcanzado hasta hoy.

Consagrado durante veinticinco años a la dirección y fomento de la Escuela de Medicina de Lima, él obró en ella esas grandes reformas que han colocado a esta institución a la vanguardia de todas las de su especie en la América antes española.

A su inalterable constancia y a sus perseverantes esfuerzos se debió un día la fundación del único gabinete de Historia Natural que posee la República. A ellos debe también la Escuela Médica de Lima la posesión de una Biblioteca capaz de rivalizar con las de las Escuelas de Europa.

Su amor inextinguible a las ciencias y su pasión no menos vehemente por el progreso de la juventud, lo hicieron vencer todo género de resistencias para establecer las cátedras de Clínica y de Historia Natural, que funcionan en Lima con tanto provecho, de 12 años a esta parte. Profesor de Anatomía durante muchos años en la misma Escuela, al mismo tiempo que guiaba el escalpelo de sus discípulos en pos de las más escondidos repliegues de la naturaleza, sabía también conducir sus corazones hacia ese sentimiento de veneración

que nos inspira al espectáculo de la obra más perfecta de la creación, en cuya presencia les hacía levantar su pensamiento hasta el supremo artífice.

Con la conciencia de la alta misión social del médico, cuyo desempeño requiere la práctica de elevadas virtudes, siempre se esforzó por inspirar a los alumnos las sanas nociones de la moral médica, de cuya ejecución él fue el más cumplido ejemplo.

Las generaciones médicas que en ese cuarto de siglo crecieron bajo su fecunda sombra, siempre encontraron en él al padre solícito en remediar sus necesidades, al maestro benigno en ilustrar sus dudas y más tarde al Decano benévolo, en quien hallaban un apoyo en los combates del profesorado, un consuelo en las decepciones desesperantes del ejercicio del arte, y un estímulo en las vacilaciones de nuestra fe, que traen en pos de sí los desengaños.

Una enfermedad, adquirida, ¿quién sabe? en los rudos combates de su espíritu, lo ha arrebatado a la Escuela y a la ciencia, después de haber recorrido todos los grados de la jerarquía médica; pero cuando todavía el vigor de su alma y el de una organización que sólo contaba sesenta y tres años, halagaban nuestros corazones con la esperanza de que prestase a su país nuevos y no menos útiles servicios.

Querido de sus comprofesores, de quienes la mayor parte fueron sus hijos en la ciencia, venerado de sus colegas, idolatrado de sus alumnos, su inesperada muerte ha sumergido nuestros espíritus en la más profunda consternación.

Diez meses nos separan apenas del día en que el hombre a quien lloramos fue objeto de una espléndida ovación en la Escuela. Aquel día, la juventud, poseída de entusiasmo, colgaba en el salón de sesiones el retrato al natural del reformador de la Escuela Médica de Lima. ¿Quién nos hubiera dicho, señores, ese día, que diez meses después vendríamos a colocar en una tumba los despojos del original querido?

Dios lo ha dispuesto así en sus inescrutables arcanos. Él ha querido llamar al eterno descanso al que trabajó durante treinta años con incalculable tesón en servir a su patria y a la humanidad. El Dr. Heredia había ganado dignamente este descanso. En él lo acompañan el recuerdo imperecedero de sus obras, los votos efusivos y ardientes de amor filial de los que él llamó sus hijos, las bendiciones de la sociedad y las solemnes oraciones de la Iglesia que acaba de pronunciar su digno ministro. Unamos a las suyas nuestras preces por el descanso eterno del que fue en la tierra nuestro padre, nuestro benefactor y amigo, y que hoy será en el Cielo un himno de adoración a Dios y una plegaria de amor por todos nosotros.

El doctor Mariano Macedo Cazorla

Señores:

El venerable Decano que consagró toda su vida y su fortuna a la grandiosa obra de levantar en su patria una nueva generación médica, que estuviera a la altura de los adelantos del siglo; el más infatigable

obrero de la enseñanza médica; el regenerador de la medicina peruana, desaparece de entre nosotros como una sombra.

No hay palabras, señores, que puedan expresar en este momento nuestro acerbo dolor y nuestra amarga pena.

El Doctor Heredia ha llenado en este mundo la misión más grande, más trascendental y más humanitaria que Dios encomendara a los mortales. Con un pensamiento fijo, con una abnegación sin ejemplo, con cariño paternal inimitable, él deja organizado en el Perú el sacerdocio médico.

El Doctor Heredia no morirá; la presente generación, obra exclusiva de sus constantes desvelos, será el monumento vivo que eternizará su memoria.

Venerables restos del más ilustres de los varones; al pasar a la mansión de los justos recibid, como una prueba de gratitud, las lágrimas que derramamos en la orfandad alrededor de vuestra tumba.